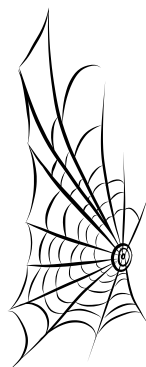


# EL HAMBRE

Patricio Denegri

*Fuera de serie 2023*



## Fuera de serie

Incluye obras literarias que trascienden y transgreden fronteras espaciales y simbólicas.



Incluye obras literarias que trascienden y transgreden fronteras espaciales y simbólicas.

## Fuera de serie



Los trillizos comen con la voracidad que sólo pueden tener los que llevan días, semanas, casi sin probar bocado; los que llevan años alimentándose con basura. Despojados de cualquier recato, pudor o modales, se vuelcan sobre la mesa tomando la comida con las manos, ensuciándose el rostro, dando dentelladas salvajes. Las mandíbulas chasquean, los estómagos rugen ante la novedad del alimento. Ni se miran entre ellos: sus miradas alternan entre lo que tienen frente a sus ojos y en todo lo que aún resta por comer.

La habitación oscura, apenas iluminada por un solitario foco de luz amarillenta.

El foco pende de un cable, que se mece junto a las telarañas con la brisa helada que se cuele por las incontables grietas de las paredes. Estas mismas paredes, ennegrecidas por la humedad y por el hollín de las noches en que han tenido que prender fuego, allí nomás, dentro, para no morir congelados. La puerta de made-

ra, desvencijada, apenas sostenida en sus bisagras, está cruzada por un tablón. Dejarla abierta, sin traba alguna, es en esta parte de la ciudad una invitación a que entre cualquiera y te arroje fuera. Esto, si es que sos afortunado y no te mata y se queda con tu lugar, con todo lo poco que tengas.

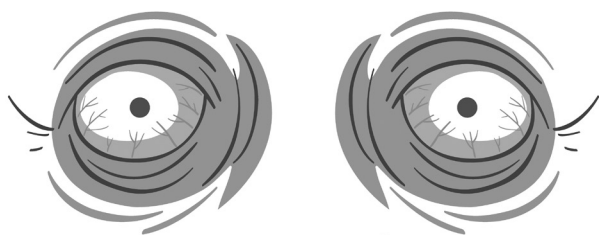
Los hermanos de once años, sumamente parecidos con su pelo rojizo, ensortijado y mugriento, y con las pecas dominando las mejillas ahora manchadas de rojo, continúan comiendo de forma desahogada. Emiten ruidos desagradables, tanto al masticar como cuando tironean y arrancan la carne de los huesos. Tan ensimismados están en su tarea, es tanto el hambre contenido, el hambre filosa, el hambre furia, el hambre insomne, que ahora están absolutamente imposibilitados de percibir cualquier cosa que suceda



adheridas en las comisuras de la boca. No escuchan el zumbido, ni tampoco ven a las numerosas moscas que comienzan a revolotear en círculos por encima de la mesa. No voltean ni una sola vez para ver la polvorienta fotografía que los muestra tanto tiempo atrás, pulcros, prolijos, sonrientes, y acompañados por los que ya no están, por los que se fueron en medio de una noche fría como tantas otras. Recuerdo difuso de otra vida.

Comen y no advierten siquiera culpa o remordimiento. No sobrevuela entre ellos ningún sentimiento contradictorio. No cruzan miradas preocupadas o angustiadas. Están huecos, vacíos, como lo estaban hasta hace poco sus estómagos.

Ellos siguen comiendo, enchastrándose, escupiendo al piso cuando sus dientes tropiezan con algún tendón, algún cartílago que no pueden romper. Siguen comiendo, los trillizos siguen comiendo. Comen los trillizos, que ahora son dos, comen, mientras los restos de su hermano, desperdigados y chorreantes en la mesada, aguardan a un lado de la sierra a ser tirados dentro de la olla que aún hierve en el fuego.



a su alrededor ajena a la carne jugosa que está sobre la mesa. Devoran. No huelen el olor a humo impregnado, tanto en las paredes como en su propia piel; no huelen tampoco el hedor fétido y putrefacto de cloaca que flota y se adueña del aire estancado en la habitación. No ven a los gatos flacuchos, raquíticos, que se amontonan y maúllan y ruegan del otro lado del ventiluz, y que tienen tanta hambre, o más, que ellos mismos. No se dan cuenta de la brillantez pegajosa y sucia que les rodea sus labios, sus mejillas, su mentón; no perciben las sobras que quedan

